

Un pedacito de historia

Corrían ya los años ochenta, eran los últimos días de enero. El invierno se notaba y las gotas de agua no paraban de chocar contra los cristales y hacer ruido. Decidí largarme de allí, buscar un lugar tranquilo donde pasar una temporada, lejos de las nuevas tecnologías, de los ruidos, del humo, de la gente.

Fue entonces cuando me dirigí a la isla de La Palma y tras pasar un par de días recorriendo la isla me detuve en un pequeño pueblo, un pueblo remoto. Las calles estaban vacías, en silencio. Hacía frío, mucho frío, aunque resplandecía el sol, supuse que era debido a que el Roque de los Muchachos estaba nevado. Pero que importaba el frío, habría pasado ese frío mil y una vez más, merecía la pena pasarlo para ver aquel paisaje. Fue eso, el paisaje lo que me enamoró en un primer momento, ojalá hubiese tenido una cámara de fotos de esas que se utilizan ahora, pero no creo que ese aparato hubiese podido captar la esencia de ese pueblo, de ese hermoso pueblo. Habían miles de almendros en flor, que digo miles, millones, todos florecidos, esa flor tan hermosa que solo el almendro tiene, flores blancas y rosadas que contrastaban con la verde y fresca hierba, y por si fuera poco la nieve de las montañas se le acoplaba al paisaje como un guante a una mano, dándole un aspecto que sin duda solo este bello municipio, Puntagorda, tiene.

Por un camino de tierra, rodeado de dichos almendros me dirigí a una pequeña casa. Era una casa rústica de paredes blancas y con unos patios preciosos, llenos de flores. Me tomé el atrevimiento de tocar en la puerta y al cabo de varios segundos me recibió una muchacha de pelo negro ondulado. Tendría alrededor de veinte años y una sonrisa en la cara que le iluminaba el rostro.

-Hola señor ¿Qué le trae por aquí?

-Hola señorita, disculpe el atrevimiento pero soy nuevo aquí y no conozco a nadie. Me gustaría saber algo más sobre este precioso pueblo y me preguntaba si sabe usted de alguien que me pudiese ayudar.

-Bueno, yo no soy muy entendida pero mis abuelos y mis padres me han contado muchas historias y con gusto le ayudo todo lo que pueda. Pase pase, no se quede ahí parado y tome asiento.

Tal y como me indicó tomé asiento en un butaca. Se veía que era de una familia modesta y trabajadora, sin muchos lujos. Al fondo de la cocina se veía un horno de leña, era de imaginar ya que olía de maravilla.

-Tome señor, acabo de hornear unos dulces y me gustaría que los probara.-Me dijo la muchacha.

Sin vacilar un instante tomé uno. La boca se me hacía agua tan solo con la vista y el olor. Al probarlo una sensación recorrió todo mi cuerpo. Nunca olvidaré ese sabor, ese tacto al morderlo. Era algo que no había probado nunca. No sabía cómo se llamaba lo que estaba comiendo, solo sabía que me encantaba.

-¿Le gustan señor? Son almendrados, típicos de aquí. Están hechos con almendras ya que como has podido ver estamos rodeados de almendreros y le sacamos todo el provecho que podamos a este fruto.

-Vaya, no sabía que pudiera hacerse algo tan bueno con almendras. ¿Se pueden hacer más cosas a parte de almendrados?

-Si claro, a parte almendrados se puede hacer bienmesabe o queso de almendra entre otros. También se pueden hacer almendras garrapiñadas o saladas o simplemente tostadas. La verdad es que utilizamos mucho la almendra en

nuestra vida diaria y le puedo asegurar que vaya a la casa que vaya en este municipio, siempre tendrán un puñado de almendras que comer.

-Supongo entonces, que la almendra para ustedes es importante ¿cierto?

-Está usted en lo cierto, la almendra es la base de Puntagorda y de los puntagorderos. Es para nosotros nuestra historia, nuestro pasado y estoy segura que nuestro futuro también. Estamos orgullosos de tener un producto de estas características en nuestra tierra. Usted puede probar todas las almendras de todos los rincones del mundo pero ninguna le sabrá como esta, y eso es algo que nos hace únicos.

-Seguro que les augura un buen futuro con esta repostería tan exquisita.

-Ay se me olvidaba, esta tarde hay una fiesta en honor a la almendra en donde se reúne todo el pueblo. Es una fiesta nueva que tiene apenas cinco años, pero le aseguro que se lo pasará bien. Es en el mirador de Miraflores ¿Por qué no viene usted conmigo? Le presentaré a la gente y seguro que le cuentan más historias de las que yo le puedo contar.

-¡Con gusto le acompaño!

No paraba de sorprenderme la muchacha. Era tan generosa, me ofrecía de todo lo que tenía a pesar de no tener casi nada. Me contó muchas historias de Puntagorda y cómo era de dura la vida allí en el campo, lejos de las comodidades de la ciudad.

Esa misma tarde fuimos a la fiesta que la muchacha había nombrado. Me quedé sorprendido con la gente. Era como una gran familia. Todo era alegría, festejo, generosidad. Había gente tocando acordeones y guitarras y cantando, bailando, había hasta verseadores. Había también gente repartiendo almendras y vino.

Todo era exquisito en este pueblo la comida, la gente, las vistas, las fiestas...
Fueron todas estas cosas las que me animaron a quedarme en este pueblo.

Hoy, tras llevar treinta y tres años viviendo aquí, he visto como el pueblo ha evolucionado, se ha modernizado. Es increíble también como esa pequeña fiesta antes celebrada en Miraflores y ahora en el Pinar ha crecido, a tomado auge, y se ha convertido en una de las fiestas más importantes de la isla, una fiesta que se ha convertido en un reclamo turístico y en una visita casi obligatoria tanto para los puntagorderos como para los de otros pueblos, ahora la fiesta dura más que antes, y vienen orquestas más grandes, no se parece en prácticamente nada a aquella pequeña fiesta a la que yo fui en mi juventud. Pero me alegra ver que a pesar de todo lo moderno se conserva algo tan propio y tan antiguo de Puntagorda, me refiero a su almendra con ese sabor tan especial tan único tan puntagordero, que te conquista con solo probarlo.

Keila Pérez Pérez (2º Bachillerato)